

# Conversaciones, entrevistas y recuerdos sobre Carlos Lerena

pp. 83-106

Julio Mateos Montero  
*Fedecaria-Salamanca*

Vicente M. Pérez Guerrero  
*Fedecaria-Sevilla*

## Unas notas previas que son necesarias

En *Con-Ciencia Social* hemos fijado la costumbre de incluir una entrevista con el personaje que, en cada ocasión, ocupa la sección de "Pensando sobre...". Al tratarse en este caso de un autor trágica y tempranamente fallecido, hemos decidido recuperar su figura a través de la memoria de otros. Así hemos recurrido a una selección de personas escogidas con el criterio de obtener una visión lo más completa posible de la vida, la obra y la huella dejada por Carlos Lerena. Se trataba de formar un mosaico cuyos fragmentos –cada voz procede de alguien cuya relación con nuestro personaje ha sido distinta– inviten al lector a retomar o a iniciarse, con detenimiento, sin impacencias, en la obra que nos dejó Carlos y de la que aún tanto hay que aprender.

Sin duda, eso de la "visión lo más completa posible" es un decir al que damos licencia aunque sólo sea por las "buenas intenciones" que animan a todos los que en la tentativa hemos colaborado. Somos conscientes de la complejidad que entraña reconstruir la vida y el brioso pensamiento de Lerena, aún con los textos delante y bien leídos. Sobre esos problemáticos ejercicios de la memoria se dicen ya algunas cosas en estas páginas. En cuanto a las "buenas intenciones" que nos animan no se entienda que pretenden una rememoración de mero halago o «componer un coro de incondicionales», como decía el joven Lerena (1964)<sup>1</sup>

en un brete muy similar al que aquí y ahora nosotros afrontamos.

También es cierto que no se encontrará aquí una posición adversa a la obra lerena, pues ni por asomo hemos pretendido una aproximación a eso que se entiende como el "retrato verdadero" mediante la peregrina componenda de equidades entre los *pros* y los *contras*, los favorables y los contrarios. Si hubiéramos decidido encuestar a una muestra amplia de sociólogos, pedagogos o sujetos de cualquier otra categoría de expertos con opinión (fundada o no) sobre la obra de Carlos Lerena, lejos de obtener una imagen más certera del personaje estaríamos ante una batahola de opiniones que tampoco tendría mayor utilidad cognitiva que la que esta pequeña muestra puede aportar. En el antedicho trabajo de Lerena (1964), dedicado a desenterrar muchas reacciones y posiciones frente a la obra de Unamuno, el que entonces era un estudiante de Económicas de veinticuatro años ya era muy consciente de esa vertiente que ofrecen los juicios del presente sobre ciertas producciones intelectuales del pasado y así decía:

«Unamuno viene a ser, efectivamente, un excelente detector. Porque situarse ante él compromete: equivale a ponerse en evidencia. Y cuanto a propósito de él se dice y escribe, tiene un valor testimonial. La abundante literatura que se le ha dedicado puede ser un eficaz instrumento de análisis sociológico».

Pues eso mismo. Otro tanto puede decirse de los juicios y valoraciones que se ha-

<sup>1</sup> Las referencias bibliográficas en todo este bloque de *Conversaciones...* remiten a la Bibliografía de Carlos Lerena, recogida en el artículo anterior, *Memoria y olvido de Carlos Lerena*.

cen sobre la obra lereniana en la actualidad. El lector podrá valerse de aquellos juicios como útiles indicadores para detectar la ciencia y las conciencias relativas a algunos problemas de la sociología de la educación y las actuales líneas de fuerza en el correspondiente campo de especialistas.

Conviene hacer, ahora, presentación del pequeño grupo de amables colaboradores y de testimonios obtenidos en otras publicaciones en el mismo orden que aparecen.

En primer lugar hemos hablamos con José Luis Lerena Alesón. Él nos ha proporcionado una parte inestimable del amplio y seguro conocimiento sobre aspectos biográficos y personales de su único hermano Carlos Lerena.

Sigue una expresiva colección de citas sobre Carlos Lerena que pertenecen a distintos colegas suyos; prácticamente todos lo conocieron y han cultivado, al menos durante un tiempo, la sociología de la educación. La opción de recurrir a textos publicados permite disponer de un conjunto de opiniones más rico y variado que no alcanzaríamos a conseguir mediante entrevista directa a alguno de éstos "veteranos" del ramo en España.

Luego –y ahora sí, mediante entrevista específica– hemos acudido a Fernando Gil Villa (profesor de Sociología de Universidad de Salamanca), que pertenece a una generación posterior y, precisamente por eso, podía ofrecer otra perspectiva de indudable interés.

El siguiente cuestionario ha sido contestado por Raimundo Cuesta, profesor de Enseñanza Secundaria, investigador en historia de la educación y otros ámbitos de las ciencias sociales. Carlos Lerena escribía con la mente puesta más allá de los estrechos horizontes que limitan una sociología de la educación academicista. De ahí que las lecturas de sus textos pueden servir al trabajo desarrollado por dominios muy abiertos (como es este caso), de forma tanto o más fructífera que en la "cultura del especialista".

En último lugar traemos a estas páginas un texto especialmente oportuno y certero. Se trata de un breve recuerdo que en su día escribió Jesús Manuel Sánchez Martín con motivo de la muerte de Carlos Lerena. Jesús fue el alumno preferido, un amigo muy cercano; el sociólogo que posiblemente me-

jor leyó y comprendió a Carlos y, en fin, un agudo analista de su obra. Desgraciadamente, también otra trágica y abrupta muerte acaecida hace ya casi cuatro años se llevó a este profesor de la Universidad de Salamanca. Su colaboración directa en esta ocasión hubiera sido valiosísima. Sólo nos queda reproducir, como imprescindible remedio, el mencionado texto que él tituló *La pasión por el conocimiento o la compulsión de la razón*.

## Entrevista a José Luis Lerena Alesón



Carlos Lerena a los 10 años. Fotografía del libro de escolaridad correspondiente al ingreso en el bachillerato.

*[La casa de José Luis Lerena está llena de recuerdos de su hermano y de los padres: fotografías, libros, manuscritos en los cajones, diplomas y títulos académicos, pruebas de imprenta de "Reprimir y liberar" y hasta una vieja guitarra con la que Carlos entonaba con buena voz y gusto, y un tocadiscos de los años sesenta donde los hermanos oían la música de Beethoven incontables veces.*

*A medida que transcurría la conversación, sin apenas seguir el guión y gracias a la amable acogida que recibí en esta casa, las palabras de mi interlocutor y los objetos circundantes, iban dibujando unos perfiles del personaje que perseguíamos desde hace tiempo. Algunos rasgos eran inesperados y sorprendentes, pero luego, extrañamente, encajaban mejor que otras circunstancias imaginadas. La biografía y el carácter de Carlos Lerena se iban definiendo para componer un*

*cuadro coherente, "conocido", incluso familiar. Tal vez teníamos esa percepción por haber vivido condiciones, ambientes y experiencias muy similares, aunque el provecho intelectual que de todo ello obtuvo Lerena alcanzase una altura extraordinaria. Incluso para su hermano, que estaba muy cerca de la vida cotidiana de Carlos, sigue siendo un misterio de donde sacaba éste el tiempo para poseer la robusta erudición o los deslumbrantes fogonazos de inteligencia que hicieron posible una obra tan ingente como sustancial.*

*Por estas líneas introductorias se entenderá que la entrevista con José Luis Lerena se presente con un formato diferente a las otras. Guarda las formas más espontáneas del lenguaje coloquial, pues es una reelaboración (y condensación) a partir de algunas notas y pocos registros grabados, por supuesto supervisada por el entrevistado, de unas cuatro horas de animada conversación.]*

*PREGUNTA.- Antes de nada queremos agradecer tu amable disposición para colaborar en este trabajo sobre tu hermano. Tenemos la certeza de que solo con la participación de alguien tan allegado a Carlos Lerena, podríamos conocer aspectos de su biografía, facetas de su formación formal e informal, inquietudes y aspiraciones que aportan explicaciones o están de una u otra forma presentes en la forja de su pensamiento y, en última instancia, en la obra con la que algunos tanto hemos aprendido.*

*Así, para empezar por el principio, ¿qué podrías decirnos de vuestra infancia, del contexto familiar y las primeras experiencias vitales, de la crianza, por usar el término que el mismo Carlos nos recuerda que se empleaba para denominar lo que más tarde se llamó educación?*

*RESPUESTA.-* Creo que es necesario hablar un poco de la historia familiar. El origen de nuestra familia está en Berceo, en La Rioja. Allí está la casa familiar y de allí proceden los Lerena, por la parte de mi padre, y los Alesón, por la de mi madre. Aunque mi madre, Julia Alesón, nació en Argentina en 1914, donde habían emigrado los abuelos y en un viaje que eventualmente hicieron para visitar la tierra natal en 1921, por determinadas circunstancias, poco a poco se van quedando en España. Se quedan en la casa familiar a la que antes me refería y que aún conservamos. Es una casa muy importante en nuestra vida y en nuestros recuerdos afectivos, hasta el presente. Allí regresaba mi hermano Carlos el día del mortal acci-

dente, pues a él le servía de refugio y estudio en los meses de verano.

Iba diciendo que mi madre se quedó en Berceo con los suyos. Era una persona muy inteligente y estudió magisterio en la Normal de Logroño, donde obtuvo las máximas calificaciones en toda la carrera. Fuera por causa de su plan de estudios u otros méritos, el caso es que consigue plaza en una Escuela Graduada de Nájera, cerca de Berceo. Paralelamente, mi padre, Claudio, más oriundo aún de Berceo que mi madre, estudió unos años antes en la misma Escuela Normal de Logroño y estuvo ejerciendo en distintos pueblos de escuelas unitarias de la Rioja (Lugar del Río, Navarrete) para terminar ocupando la escuela de Tricio que dista apenas dos kilómetros de Nájera; al mismo tiempo ejercía de Secretario de la "Hermandad de Labradores" y por ello estaba muy centrado en la vida de ese pueblo eminentemente rural. Así, cuando mis padres se han casado ya viven en Nájera y fue allí donde nos criamos mi hermano y yo. Sin embargo, Carlos había nacido en Berceo porque mi madre acudió a la casa de los abuelos para el alumbramiento del primer hijo, que fue el 17 de junio de 1940.

Nuestra infancia y adolescencia, por tanto, transcurre en Nájera que ya no es una pequeña aldea como Berceo.

*P.- ¡Ah!, ese es un dato muy importante porque Nájera proporcionaría otro ambiente muy diferente al de un medio rural en decadencia ¿no?*

*R.-* Efectivamente. Nájera es cabeza de partido y centro de la comarca donde están todos los servicios, toda la burocracia, el comercio, los bancos y cajas de ahorro. Podemos decir que era un pueblo preindustrial, dedicado a la industria de la madera y que daba trabajo a decenas de modestos talleres. Había "de todo", salas de cine, imprenta-librería, banda de música, etc. Era un lugar totalmente distinto a Berceo. Vivíamos en el centro del pueblo y, sin duda, puede decirse que no nos educamos en una sociedad rural.

En Nájera por tanto fuimos durante poco tiempo a la escuela graduada de mi madre, hasta que primero Carlos, en 1950, y luego yo hacemos el ingreso en el Bachillerato.

*P.- Supongo que no habiendo Instituto de Enseñanza Secundaria en Nájera habríais de*

*examinaros libres con preparación particular o ir internados a un centro en la capital ¿no?*

R.- Esa era la disyuntiva. En el caso de mi hermano, que es de quien hablamos, durante los cuatro primeros cursos de Bachiller se prepara en los Franciscanos, en el Convento de Santa María la Real, y se examina libre en el instituto de Logroño. Y más tarde, para estudiar quinto y sexto (el Bachiller Superior) mi hermano ha de acudir en régimen de internado a los Hermanos Maristas de Logroño. A mi no me extraña que cuando mi hermano habla en sus libros de la escuela-prisión tuviera en el recuerdo aquel internado, en un colegio de solemne raigambre. No creo que lo pasara bien y mis padres tampoco.

P.- *Antes de seguir adelante, ¿Tenían vuestros padres empeño en que estudiarais bachillerato y, luego, en la Universidad? Nos habías dicho que fueron maestros que ejercieron con gran vocación y dedicación profesional, lo cual, bien podría coincidir con una apreciación del estudio como algo deseable y no sólo como medio de promoción social.*

R.- Sí, en casa se daba como un hecho normal el que Carlos y yo estudiáramos y así lo teníamos asumido. Esa trayectoria estaba perfectamente trazada y nuestros padres querían que llegáramos “a ser algo más” que ellos. Por eso esperaban la ocasión de obtener plaza algún día en un lugar donde hubiera Universidad. Lo intentaron en algunos concursos de traslado y no lo consiguen hasta que en 1959 llegan a Baracaldo. En relación a la otra pregunta, mis padres fueron, en efecto, unos maestros dedicados plenamente a su profesión. Mi madre, que tenía además una especial sensibilidad y dotes para la expresión artística en distintas facetas, entregó toda su vida a la escuela y al cuidado de nosotros. Eran muy religiosos y de ideas “tradicionales” pero llenos de entusiasmo por proporcionar una importante educación a los hijos. La profesión de nuestros padres no es algo extraño en la obra de Carlos. Te recuerdo que al final de “El oficio de maestro...” dice algo así como que tiene razones personales para entender al maestro...

*[Acudimos al texto en cuestión y leemos el último párrafo en el que Carlos Lerena aclara que no ha pin-*

*tado a los maestros de color de rosa ni se ha ocupado de personas de carne y hueso, sino de una categoría social como ya se decía desde el principio del trabajo. Allí trata de una sociedad que encuentra en los maestros los responsables de aquello que quiere ocultar. Y termina diciendo textualmente: «Como si esta sociedad no quisiera reconocerse en los maestros, chivos emisarios de unas estructuras cuyo funcionamiento exige que éstas no aparezcan, a la luz del día, en la verdad de lo que son. Yo, en cambio, tengo razones personales de mucho peso para que no me cueste nada reconocermé en este grupo y sentir muy de cerca su difícil posición».* (Lerena, 1987c, pp. 441-472)]

P.- *Es más complicado de lo que parece establecer relaciones de causa-efecto entre la vida de un autor y su obra. Incluso esas relaciones no van sólo en una dirección. Hay otras aparentes “coincidencias” que pudieran ser algo más que eso. Por ejemplo: la figura de Gonzalo de Berceo está muy presente en sus libros, sobre todo en Reprimir y liberar donde aparece ese fuerte interés por la significación sociológica de la obra berceana y anunciaba el propósito de escribir un libro sobre el clérigo riojano. ¿Piensas que las citadas “coincidencias” son tales?*

R.- No son coincidencias. Sin ser yo sociólogo, ya que, a diferencia de mi hermano seguí los destinos a los que nos preparaba nuestra carrera en la Facultad de Económicas y he trabajado profesionalmente como economista, al leer la obra de Carlos veo aquí y allá las huellas de experiencias vitales tuyas. Todo Berceo estaba impregnado por el peso histórico del entorno de San Millán de la Cogolla y en algunas notas de *Reprimir y liberar* aparecen los lugares de nuestra adolescencia y juventud y alusiones a su historia, incluso a su geografía.

P.- *Volvamos a los años de las enseñanzas medias. En ese periodo pueden y suelen establecerse aficiones, gustos culturales y, a veces, unos hábitos de trabajo persistentes. ¿Qué hay en esa etapa que creas relevante en la formación de Carlos? ¿Se adaptaba bien al régimen escolar y a los estudios? ¿Puede decirse que ya en la adolescencia exploraba más las fuentes del conocimiento por cauces autodidactas que por la enseñanza institucional o combinaba con eficacia ambos caminos?*

R.- Sacaba buenas notas en los exámenes porque, además de ser una persona muy inteligente, se aplicaba en los estudios escola-



*Foto familiar en Nájera, 1957. Carlos (a la izquierda), sus padres y su hermano José Luis. Pronto abandonarían el pueblo riojano para trasladarse a Baracaldo.*

res cuando había que pasar por ello. Pero, por otra parte ya tenía una gran afición a la lectura e incluso a escribir. Recuerdo muy bien una caja llena de libritos de la Colección de Ediciones Pulga que iba adquiriendo cuando tenía unos quince años; creo que llegó a tener cien de aquellos libros (Cicerón, Shakespeare, Allan Poe, Stevenson...), unas versiones de divulgación, pero de la mejor literatura. Su mundo, cada vez más, serían los libros (aunque no soy capaz de situar bien las épocas y lecturas). Más adelante se hizo con muchos ejemplares de la colección *Austral*. La literatura era una pasión de Carlos, también la fotografía y se puede decir que se dedicaba a fondo en todo aquello que suscitara su interés.

Tal vez sea el momento de decir que Carlos era el hermano mayor que a mí me va abriendo camino. Tengo la extraña sensación de que cuando yo llegaba a tal o cual situación él se desplazaba a un lugar más adelante, como si dejase para mí experiencias que él ya había tenido. Siempre, por otra parte, estuvimos muy unidos y compartíamos muchas cosas. Soy cinco años más joven que él,

pero en los estudios íbamos más cercanos. La razón es que perdió dos años académicos: si no recuerdo mal uno por unas fiebres tifoideas de pequeño y otro porque mis padres tardaron un año, después de que Carlos acabara el bachillerato, en conseguir los destinos de maestros en Baracaldo. En ese año, aún en Nájera, por no estar sin hacer nada, mi hermano aprende contabilidad que se suponía un aprendizaje útil y adecuado a los estudios de un futuro economista. En 1958 es cuando ya vamos a vivir a Baracaldo, y allí hace Preuniversitario en el Instituto *Miguel de Unamuno* de Bilbao. Era el curso 1958-59 que finaliza con el aprobado Carlos, que ha de ir a examinarse a Valladolid, pues era donde estaba el distrito universitario del que dependía por entonces el País Vasco.

*P.- Vamos a tratar de las experiencias que en la "carrera" escolar forman parte de la vida de Carlos Lerena. Estudió (estudiasteis) "Económicas" en la Universidad pública de Bilbao. Calculamos que cuando Carlos ingresó en la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales, ésta se acababa de crear (en 1955). ¿Qué determinó la orientación hacia los estudios económicos? ¿Una*

*vocación o elección madurada? ¿La proximidad a Bilbao y los recursos económicos familiares?*

R.- Supongo que en la decisión por los estudios de Economía esos motivos están mezclados y, desde luego, el de la oportunidad de la cercanía y, por tanto, del gasto familiar es definitivo. Una vez que tuvimos la residencia en Baracaldo los estudios en la nueva Facultad de Económicas –que como supondrás tenía un carácter muy diferente a la privada de la Universidad de Deusto– eran como la opción “natural”. “Económicas” respondía a su interés por los conocimientos humanísticos e inquietudes sociales. La alternativa de estudiar ingeniería en la Escuela Superior de Bilbao estaba muy alejada de su vocación. La otra opción era estudiar en la “Comercial” de los jesuitas de Deusto (en “pugna” entonces con la Facultad oficial), rechazada, además de por su coste, porque su título no era oficial. En mi casa tenía más valía la enseñanza estatal.

La Facultad estaba situada en la Calle Elcano, en la antigua Escuela Superior de Comercio y, además, en el mismo conjunto arquitectónico que el Instituto “Miguel de Unamuno” donde hicimos el “Preu”. Luego, a mitad de carrera, la Facultad se trasladó al nuevo edificio cercano a Sarrico.

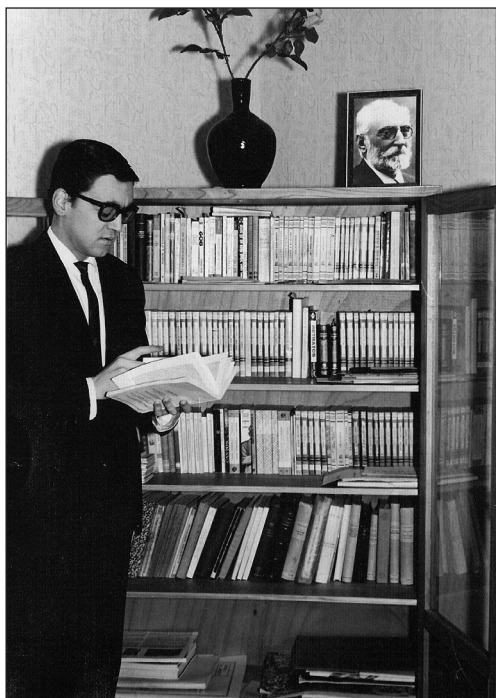
Ya en la Universidad mi hermano tuvo dos épocas: los dos primeros años y el resto. Lo digo porque la carrera de Económicas entonces estaba estructurada de forma que cada estudiante tenía que “subir el Tourmalet”, que era aprobar la “Teoría II”, es decir la Teoría Económica del segundo curso, la cual era el escollo a superar y se podía aprobar en dos años o... los que fueran. Una vez aprobada esa asignatura podías considerar que el resto era todo de “bajada”. Y como se trataba de superar ese listón Carlos se aplicó de lleno al estudio aunque simultáneamente tenía cierto tiempo para otras actividades más lúdicas. Por ejemplo, para organizar una “tuna”, pues Carlos tocaba la guitarra y ya había tenido la experiencia de una rondalla local en Nájera. En los siguientes años una vez superada la dura “Teoría II”, la inmersión en actividades culturales es intensísima. Participaba de forma importante en las actividades culturales que desarrollaba la asociación de estudiantes, incluso puede decirse

que era quien principalmente las impulsaba. Estudiaba de noche, con grandes dosis de café y no lo hacía en solitario, sino juntándose con un grupo de compañeros con los que compartía inquietudes intelectuales. No puede decirse que algún profesor influyera especialmente en la formación que él mismo estaba buscando con sus lecturas de filosofía, literatura, con su afición al teatro.

P.- *Tal vez, la faceta más importante fuesen las relaciones de amistad con otros estudiantes, con grupos, tertulias o actividades vinculadas a la vida universitaria. Sabemos, por ejemplo, de su participación en el TEU o de su gran interés por la obra de Unamuno, entre otros autores. Éste fue objeto de un estudio que se publicó en la revista de la Facultad, Sarrico, que, por lo que sabemos, dirigía Carlos. ¿No es así? ¿Puedes hablarnos de todo esto?*

R.- Vamos por partes. Mi casa se convirtió en un centro de estudiantes amigos de Carlos. Dice el refrán que *Dios los cría y ellos se juntan...* y así ocurrió en el caso de de mi hermano y sus amigos. Iban a casa Joaquín Leguina, Ángel Cardín, y luego otros. Hay que decir que se trataba de muchachos con inquietudes intelectuales y sociales. La mayoría eran de fuera de Bilbao y vivían lejos de sus familias. Mi madre les servía termos de café mientras hablaban de literatura, de filosofía, de política, etc. Así, las reuniones para estudiar en grupo las materias de la carrera se transformaban en otra cosa. Leguina ha publicado muy recientemente un libro (*La luz crepuscular*), en el que saca a relucir el ambiente juvenil del que te hablo, allí aparece Carlos y otros amigos de esa época. Después, estas reuniones nocturnas tenían lugar en nuestra casa de Bilbao, a donde se trasladó el domicilio familiar en 1965, al haber obtenido el traslado allí nuestros padres.

En cuanto al número de *Sarrico* (revista de la Facultad de la que fue cofundador y director) dedicado a Unamuno, se confeccionó en 1964 con motivo del centenario del nacimiento del escritor, cuando la Facultad de Económicas estaba ya en el nuevo edificio. Carlos fue el que hizo prácticamente todo: concibió el conjunto, la composición, escribió a los más destacados literatos para conseguir su colaboración, se desplazó a Salamanca para grabar y luego transcribir



*Instantánea, comentada en el texto, de un joven Lerena (1964) junto a su librería.*

una entrevista con Felisa Unamuno (hija de D. Miguel) y a profesores y expertos en lo unamuniano; aunque él procuró en todo momento no aparecer en fotografía ni firmando como autor ningún texto, sólo indirectamente, como destinatario de las cartas de respuesta que recibía y alguna presentación inicial. Recuerdo que había escrito un editorial que le llevó mucho trabajo y al final decidió no publicar. Queda el agradecimiento de Dña. Felisa, que le regaló autografiadas dos pajaritas de papel hechas por Don Miguel.

En el grupo de teatro hizo de director, de presentador de las obras que representaron (*Antígona*, *La Esfinge* de Unamuno, *La sangre de Dios* de Alfonso Sastre) u otras tareas similares. Hay una faceta poco conocida de Carlos que él, desde luego, nunca aireó y es su valía como poeta. Tal vez esa sea una vertiente de su sensibilidad literaria que él quisiera reservar en el ámbito de la privacidad. Algunas poesías quedaron publicadas en la revista "Sarrico". Otras guardadas en un cajón, otras quizás perdidas.

[Al llegar a este punto José Luis Lerena había puesto sobre su mesa de trabajo diversos materiales: programas de las citadas representaciones teatrales, fotografías, textos mecanografiados y un ejemplar de "Miguel de Unamuno, aquí, ahora", el citado monográfico de "Sarrico" (revista de los alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de Bilbao, números 7 a 13, junio-diciembre de 1964) que luego, generosamente, nos regaló. En éste se puede comprobar la extensa relación de colaboradores que respondieron positivamente a la demanda de Carlos Lerena: Azorín, Nicolás Guillén, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, A. Buero Vallejo, Julián Marías, Francisco de Cossío, Lauro Olmo, Alfonso Sastre, Gustavo Bueno, José Miguel Ullán; y así hasta más de cincuenta firmas.]

*P.- A finales de los años cincuenta y primeros de los sesenta apenas habían aparecido en España los "movimientos estudiantiles" de carácter antifranquista y la presencia de partidos de izquierda era muy escasa en los campus universitarios. Pero unos años más tarde... ¿tuvo Carlos alguna cercanía o militancia con esas u otras formaciones políticas de izquierda?*

R.- En aquellos años de la Facultad de Económicas fue "delegado de curso" y después "delegado de Facultad", que eran cargos elegidos por los alumnos. Aquello ya era una actividad política no exenta de riesgos, teniendo en cuenta el ambiente de la época en una Facultad de Económicas, que era de las más conflictivas (desde luego así lo sentían mis padres, preocupados pero creo que con cierta satisfacción). Ese riesgo se hizo evidente algo después, y tuvo consecuencias muy penosas en el año 69, tras el regreso de su estancia en París.

No obstante no participó en actividades políticas de partido; aunque sus amigos estuvieran, antes o después, implicados en el activismo político, no fue ese su caso. Incluso durante la estancia en París, cuando la mayoría de los jóvenes españoles que vivían allí en torno al "mayo del 68" se dedicaban a "hacer política", mi hermano se dedicó a estudiar, a estudiar mucho y a consolidar su vocación de sociólogo. Desde luego ya estudiando en Bilbao conocía textos de Marx, de Nietzsche, de Freud, y otros autores que

están presentes en su obra. De Marx, por ejemplo tengo aquí este ejemplar de *El Capital*, editado en francés, que Carlos adquirió ya en 1960, antes de París, y que no sé de donde lo sacó. Leía filosofía y obras de pensamiento general; y también, como hemos comentado, leía mucha literatura de autores españoles.

*P.- Hablemos ahora de la estancia en París de Carlos Lerena para seguir los cursos de la École Pratique des Hautes Études (EPHE) en París. ¿Hubo algún cauce que le facilitase la beca ASTEF del Gobierno francés? ¿Cuáles fueron sus actividades y preocupaciones profesionales o intelectuales? Muchos de sus coetáneos, que estuvieron en el "Mayo del 68" o lo vivieron en diferido reconocen en aquellos acontecimientos y la explosión de ideas dentro del ambiente intelectual algo que les afectó o vivieron de forma cercana. ¿Fue así en el caso de Carlos?*



*París 1967, durante su Stage du Travail. Allí se forja su "vocación" y formación como sociólogo.*

R.- Joaquín Leguina fue el primero de los amigos que fue a París y, precisamente, aquí tengo una carta suya, dirigida a un comité que posiblemente decidiera sobre la concesión de las becas ASTEF, en la que recomienda a mi hermano Carlos como candidato para una de esas becas. También el mismo Leguina alude a ello en su novela autobiográfica. Desde octubre de 1966 mi hermano se asienta en París hasta 1969 en que obtiene el Diploma de Sociología de la EPHE, en la Sección de *Sciences Économiques y Sociales*. Durante ese tiempo residió en el *Hotel Saint Jacques* de la *Rue des Écoles*. Como decía, Carlos se dedicó de lleno al estudio. Él vivió las revueltas estudiantiles del 68 con cierta distancia. Veía las manifestaciones desde el balcón de la *Rue des Écoles*, muy interesado y preocupado pero sin participar en la acción política.

Al hablar de este periodo en París posiblemente hay que decir que mi hermano Carlos ya está en compañía de su mujer en

aquella habitación de hotel. Es decir tuvo responsabilidades familiares desde muy joven.

Me preguntabas antes si conoció por entonces a Bourdieu. Creo que éste fue director del EPHE unos años más tarde y no sé si durante la estancia de Carlos en París tuvieron relación. Pero recuerdo perfectamente que un poco más tarde, estando ya Carlos como profesor en Madrid, me contó que se había citado con Pierre Bourdieu en una cafetería del Barrio Latino de París, a la que solíamos ir, y emprendió el viaje con un entusiasmo enorme.

*P.- Vendría muy bien que nos trazaras, a grandes rasgos, el itinerario académico, laboral (profesional) de Carlos que acompañó a la elaboración de su tesis de doctorado y, luego, la ocupación académica hasta que obtuvo la primera cátedra de Sociología de la Educación en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación en la Universidad Complutense de Madrid.*

R.- Después del *stage du travail* en París la prioridad de Carlos era ganarse un salario y para ello fue a Madrid donde lo consiguió inmediatamente con éxito. En Madrid va a compaginar sus investigaciones, el trabajo como profesor en distintas Facultades de la Universidad Complutense y otras actividades profesionales.

*[Con la ayuda de unas notas a máquina escritas por el propio Carlos que esbozan una especie de currículum vital damos cierta precisión al trabajo de este periodo.]*

Desde 1969 a 1986 impartió clases de Sociología en Ciencias Políticas y en Ciencias Económicas y en la Facultad de Ciencias de la Educación de la U. C. Al mismo tiempo trabajó como Director del Departamento de Sociología Aplicada de la S.I.E. S.A. (Sociedad de Investigación Económica), hasta 1973 (aquí se estudiaban planes de desarrollo integral de Galicia, Canarias, Asturias...). También como Jefe de Estudios de la Sociedad CONSULTA S.A. en 1974-75 y, por último, como funcionario de carrera del INEM desde 1976 a 1979.

Como ya sabréis, Carlos leyó la tesis de doctorado en la misma Universidad Complutense en 1975, y en 1980 obtuvo por oposición la cátedra de Sociología de la Educación de esa universidad. Por tanto, la déca-



da de los setenta que siguió al término de la beca de estudios en Francia estuvo cuajada de una actividad investigadora y profesional muy productiva.

P.- Por último, al margen de las cuestiones que se han planteado, quisiera que expusieras libremente, desde el privilegiado conocimiento que tienes por compartir muchos aspectos de la vida con tu hermano, facetas de su personalidad; de cómo entendía la amistad, las relaciones y acciones necesarias en el ámbito académico, y, en fin, lo que creas necesario para que los lectores entiendan lo mejor posible las intenciones que el conjunto de este trabajo sobre Carlos Lerena pretende: la inquietante tarea de alguien que, contra viento y marea, fue un pensador muy esforzado por desvelar, con pasión, la potencia del conocimiento.

R.- Lo recuerdo vital, capaz de gozar en la ascensión al "Pico San Lorenzo de 2.312 mts, igual que el Moncayo" (citado en *Reprimir y liberar*), de aprender el manejo más eficaz de una "reflex" de fotos, o de preparar protocolariamente en la huerta una paella (en lo que era muy exigente, a pesar de su poco aprecio por la comida), o confeccionar un globo aerostático de papel imprudentemente lanzado al aire en una tarde de verano.

No conocí a Carlos en el ámbito académico, por lo que poco puedo decir al respecto. Sí que en cualquier actividad que acometía era prolijo y exhaustivo. Centraba su total interés en las actividades que acometía, se exigía la perfección. Era una cualidad evidente en cualquiera que le conociera. Al mismo tiempo era muy modesto y delicado en el trato con los demás, de forma que parecía esconder los conocimientos que había acumulado.

Tenía una gran capacidad de trabajo, a la vista de cualquier observador que viera como yo sus largas noches que pasaba en blanco estudiando, a lo largo de semanas y meses, acompañado de café y rodeado de humo de sus "ducados".

Desconozco su sentido de la amistad. Era mi hermano, no mi amigo. Pero puedo dar testimonio de que a lo largo de todas las etapas de su vida fue dejando buenos amigos, creo que sinceros y que le querían. Oí decir a uno de ellos entonces que «con su muerte nos ha dejado a todos empuñados...»



Retrato de Carlos realizado por un artista callejero, en la Place du Tetre de Paris. 1967.

## Citas de algunos sociólogos de la educación a propósito de Lerena

**ALMEIDA, Julio (1988).** "In memoriam Carlos Lerena". *Cuenta y razón del pensamiento actual*, nº 40, pp. 111-112.

«El campo de trabajo del sociólogo de la educación es un campo de minas, decía sagazmente Lerena en su colaboración al *Tratado de sociología*, editado por Salustiano del Campo. Pues bien, él avanzó con paso seguro por tan peligroso terreno, desactivando trampas, descubriendo no sólo ancestrales equívocos, sino también novísimos trampantojos (...).

Carlos Lerena era probablemente el más agudo diagnosticador de lo que fue y sigue siendo la educación en España. Morir en accidente de automóvil es el absurdo mayor, dijo al parecer Camus (que así moriría después, un poco más joven que nuestro sociólogo). Unas carreteras indignas de nuestro tiempo nos han hecho perder una de las mejores ca-

bezas que teníamos en el campo educativo –un campo agreste y sordo que quizá ni se enterará–. Estaba en la plenitud. Sin duda, su generosidad le había hecho dar lo mejor de sí. Quiero creer que dijo lo esencial» (p. 112).

**CAIVANO, Fabricio (1988).** “Carlos Lerena. Adiós a un maestro exigente”. *Cuadernos de Pedagogía*, nº 164, p. 56.

«(...) alguien que no nos evita el dolor que el conocimiento conlleva cuando es riguroso. Eso es lo más parecido a un maestro. (...) su pensamiento se ha quedado entre nosotros para quien quiera enfrentarse con alguna verdad, cosa muy conveniente en este tiempo de silencio y componendas. (...) Él mantenía una dura, a menudo despiadada, exigencia en la tarea intelectual, connatural a la sociología merecedora de ese nombre, de descubrir las realidades encubiertas tras las palabras y las ideas, de nombrarlas sin los velos de las ideologías. Tarea en verdad bien difícil y hasta ingrata, si se lleva con rigor y sin concesiones a la galería como él hizo con la pluma y de palabra, en sus escritos y desde la cátedra. (...) La educación no dice la verdad cuando habla de sí misma. Bajo ropajes que no resisten una mirada crítica, se esconde una crónica de la dominación de los individuos por el poder –los poderes–. Esta es la escuela que Lerena, con implacable rigor y sin concesiones, nos muestra descarnadamente, pero con una implícita esperanza. En efecto, con la inmensa esperanza de quien fía en la razón como arma para humanizar al hombre desorientado».

**FERNÁNDEZ ENGUIA, Mariano (1988).** “Una aportación a la sociología de la educación en España”. *Cuadernos de Pedagogía*, nº 164, p. 59.

«Creo poder afirmar que el trabajo de Lerena tuvo una influencia decisiva sobre todos los que hoy representamos la sociología de la educación. Esta influencia fue y va todavía mucho más allá de lo que permitirían entrever las habituales citas y referencias en los trabajos de otros autores. Sucede que, por las razones que sea, las que, en mi opinión,

somos –con perdón– las mejores cabezas en este campo, hemos venido a representar orientaciones muy diversas, quizá más por habernos interesado en aspectos muy dispares de la educación que por diferencias de enfoque –que también existen–. Por ello, raramente un buen trabajo de sociología de la educación se apoya directamente en otro, lo que significa que raramente se multiplican las citas y reconocimientos formales a este otro; pero esto no debe ocultar al público que muchos de esos trabajos tal vez no se hubieran llevado a cabo nunca de no haber sido por la brecha abierta por Lerena. Su primer libro señaló un campo tan amplio para la sociología y puso ya en cuestión tantas cosas que, para muchos de nosotros, fue un alabonazo que despertó nuestro interés por la sociología de la educación y nos hizo comprender que podía intentarse algo distinto de la sociografía sin ideas y de la habitual y aburrida polémica positivista sobre si más o menos niños obreros llegarían a la Universidad.

La actividad y la sombra de Lerena planearon también sobre los otros espacios en que se desplegaría la sociología de la educación. Dirigió y alentó múltiples tesis doctorales, algunas de las cuales llegaron a convertirse en trabajos relevantes ya conocidos del público. Personas que habían colaborado o se habían formado con él estuvieron en los primeros intentos de hacer llegar institucionalmente la sociología a los profesores en ejercicio o *in pectore* –por ejemplo, en Escuelas de Verano y Cursos de Aptitud Pedagógica–. El participó personalmente, asimismo, en el esfuerzo fundacional de Educación y Sociedad y en los primeros pasos del suplemento de educación de El País –colaboración que, por falta de entendimiento, rompió al poco, quedando, así, lo que quedó–.

**FERNÁNDEZ ENGUIA, Mariano (2001).** Entrevista en VARELA, J. “La Sociología de la Educación en España. Conversaciones con los sociólogos Félix Ortega, Julio Carabañas, Mariano Fernández Enguita y Marina Subirats”. *Revista de Educación*, nº 324, pp. 91-109.

«Creo que ese grupo de gente de nuestra generación académica tenía la característica de ser bien disperso. Lerena hacía un tipo de

investigación que no permitía la consolidación de un grupo, de ningún tipo, su trabajo era teórico; pienso que quizás era alguien con quien se podía discutir muy bien, pero su trabajo no requería un equipo» (p. 101).

**MADRID IZQUIERDO,** Juana María. (1998). "Carlos Lerena, sociólogo de la cultura y de la educación". *Anales de Pedagogía. Revista de la Facultad de Educación (Sección de Pedagogía)*, Universidad de Murcia, nº 16, pp. 123-132.

«(...) pienso en el alumnado de la Facultad de Educación de la Universidad de Murcia, considero necesario exponer y transmitir, en la medida de lo posible, a esta nueva generación de futuros/as pedagogos/as –tan acostumbrados, por otra parte, a citar a autores anglosajones– la contribución tan significativa y relevante del pensamiento de Carlos Lerena al mundo de la educación... su presencia nos recuerda la necesidad del rigor metodológico, de la pasión por el conocimiento, –como pilares básicos de la reflexión en el ámbito de la educación y de la cultura– (...), el discurso de Carlos Lerena es duro, escuece y produce desasosiego mental e incomodidad personal y profesional, incluso, inseguridad (...) y todo ello porque se obstina en desmontar, críticamente, los resortes ideológicos que legitiman un modelo de sociedad injusto, dividido, complejo y lleno de contradicciones desde su origen y, que además, convierte al sistema educativo en su aliado más eficiente. Es más –y esto molesta mucho a los pedagogos esencialistas–, analiza documentalmente la connivencia de la educación con el poder establecido de una sociedad, pone al descubierto la dimensión política y menos bucólica de la educación..., para apreciar su valía profesional, *necesariamente hemos de leer sus textos*. Si no fuera así, no me cabe la menor duda de que nos limitaríamos a repetir una manida opinión sobre su obra –que ya oímos a otros autores que, a su vez, posiblemente, tampoco leyeron la obra original, sino que son también un eslabón de esa cadena de la transmisión que repite lo que otros ya dijeron–, (...) la obra de Carlos Lerena subyuga, pero sólo

a aquellos/as que, manifestando una gran curiosidad intelectual y conocimientos previos, consiguen aprehender los significados que, con tanta originalidad y lucidez, expresa quien es un gran pensador, capaz de adelantarse a los acontecimientos y al ritmo de su tiempo (esta opinión es ampliamente compartida por quienes, realmente, han leído sus libros); la opinión de aquellos que no conocen directamente su obra, y que se limitan a encasillar a Carlos Lerena dentro de la Teoría de la Reproducción, –tal vez desconozcan también que es posible diferenciar diversas Teorías de la Reproducción–, huelga decir que se merecen las más alta descalificación científica» (pp. 124-125).

**ORTEGA, Félix (1987).** "Sociología de la Educación en España: Una revisión teórica". En Lerena, C. (ed.). *Educación y Sociología en España. Selección de Textos*. Madrid: Akal, pp. 542-571.

«Asistimos a partir de ahora [de la segunda mitad de los años setenta], con la crisis tanto de los modelos teóricos como del aparato escolar mismo, al nacimiento de una Sociología de la educación muy renovada personal y teóricamente. (...)» (p. 557).

Si hemos de señalar por algún dato concreto el comienzo de este período, hay que destacar la publicación del libro *Escuela, ideología y clases sociales en España*, de Carlos Lerena. Aparecen en este trabajo algunos de los rasgos definitorios de esta nueva época. Es, sin lugar a dudas, uno de los estudios más completos y teóricamente bien fundado del hecho educativo en nuestra sociedad. (...) (p. 559).

Más recientemente, este mismo autor ha publicado un extenso compendio, una especie de *summa* sociológica [*Reprimir y liberar*] en donde se hace una revisión teórica de los fundamentos de la educación y de la cultura. (...) Este tratado, que es mucho más que mera sociología de la educación, concluye con una imagen de la sociedad contemporánea de tonos pesimistas, al situarla dentro de las coordenadas ideológicas que el análisis teórico precedente ha ido descubriendo: la profunda imbricación en nuestro tejido

cultural de una democracia subjetiva roussoniana con un impersonal totalitarismo comtiano» (p. 561).

**SUBIRATS, Marina (2001).** Entrevista en VARELA, J. "La Sociología de la Educación en España. Conversaciones con los sociólogos Félix Ortega, Julio Carabañas, Mariano Fernández Enguita y Marina Subirats". *Revista de Educación*, nº 324, pp. 91-109.

«Carlos Lerena tal vez era ya catedrático por esas fechas [1981], pero en mi caso no sirvió de enlace para entrar en contacto con los que estabais trabajando en Madrid en Sociología de la Educación. Conocí a Carlos Lerena en París, pero nos vimos pocas veces. Él estaba interesado en conocer a Pierre Bourdieu (p. 103).

Quizás quien sobresalió con más fuerza a finales de la década de los setenta fue Carlos Lerena que hizo una obra muy coherente, pero también muy ácida y crítica lo que posiblemente fue un obstáculo para crear escuela. El trabajo de Lerena me parece más un trabajo de crítica de lo existente durante el franquismo que de construcción hacia delante» (p. 105).

**VARELA, Julia, (1998).** En entrevista realizada por Cuesta, R. y Mainer, J. *Con-Ciencia Social.*, nº 2, p. 110.

«En esa época [finales de los setenta y primeros años ochenta], Fernando Álvarez-Uría y yo empezamos a dirigir en *La Piqueta* la Colección "Genealogía del poder", al mismo tiempo que establecíamos relación con gentes como Carlos Lerena, Mariano Fernández Enguita... Realmente fueron uno o dos años bastante intensos de trabajo en equipo, de debates, pero también de disfrutar con momentos sumamente agradables. Aunque recuerdo que el trabajo en equipo con Lerena no era nada fácil. Carlos era una persona intelectualmente interesantísima, con proyectos, con una potente capacidad de análisis pero siempre aquejado de problemas de salud, personales... De hecho él había previsto editar una revista que se iba

a llamar *Tabula Rasa* que nunca llegó a ver la luz. Por aquel entonces *El País* comenzó a publicar el suplemento semanal de educación y la dirección del diario les ofreció a Deval y al propio Lerena la coordinación; Carlos era una persona muy estricta y envió un primer trabajo que apareció convenientemente recortado –cosa que hacen los periodistas con cierta frecuencia-; recuerdo que él se lo tomó muy mal, lo vio como una censura y el proyecto se vino abajo» (p. 110).

## Entrevista a Fernando Gil

P.- *Sabemos que no llegaste a conocer directamente a Carlos Lerena y perteneces a una generación de sociólogos posterior. Tu participación en este trabajo –por la cual te expresamos nuestro agradecimiento y satisfacción– nos permite una aproximación a la presencia de Lerena en su ausencia, un diagnóstico sobre el personaje y su obra desde un tiempo diferente. ¿Cuáles fueron los conductos o motivos por los que conociste la obra de Lerena? Recordamos que le dedicaste un apéndice in memoriam en tu Teoría sociológica de la educación, en 1994.*

R.- Me licencié en Sociología en la Universidad Complutense en 1987. En el último curso escogí como materia optativa Sociología de la Educación con Inés Alberdi. Al año siguiente conseguí una beca de Formación de Profesorado y comencé a trabajar mi tesis doctoral con un análisis sociológico comparativo de la escuela pública y privada. Sobre todo fue la asesoría del profesor Mariano Fernández Enguita la que me puso en contacto con la obra de Carlos. Él y Jesús Manuel Sánchez Martín, que me acompañó en alguno de los cursos del doctorado. Al principio no sabía que era el discípulo y secretario de Carlos –en el sentido clásico y romántico de la palabra-. Pero después la vida nos llevó por el mismo camino. De hecho aterrizamos juntos en Salamanca en 1991, ilusionados con dar clases en la vieja Escuela de Magisterio. Cuántas veces compartimos almuerzo en los comedores universitarios, cuántos cafés y paseos, y en qué pocas de esas ocasiones dejábamos de hablar de ese espíritu crítico que nos hacía no sólo ver la educación y los fenómenos sociales sino

la vida en general bajo una luz que considerábamos peculiar, y que pensadores –es decir, algo más que investigadores o profesores– como Lerena, Bourdieu, Nietzsche o Foucault habían contribuido a encender.

Es cierto que no conocí personalmente a Carlos Lerena, porque por entonces ya había fallecido, pero, ¿acaso eso importa, quiero decir, realmente? No deberíamos atar a los grandes maestros a los alumnos físicos que tuvieron la suerte de convivir con ellos, muchos de los cuales, debido a la ley de la probabilidad, porque quizás no son dignos de sus enseñanzas. De la misma forma, podemos encontrar estudiantes destinados a convertirse en grandes maestros y que tienen la mala suerte de nacer en un momento en el que no tendrán grandes maestros, entonando aquella queja: ¡oh, señor, qué buen vasallo si hubiese buen señor! Para eso está precisamente la obra, para aumentar la probabilidad de que pueda ser aprovechada poniéndola a disposición de las generaciones futuras.

De alguna manera, la obra de Lerena impulsó mi trayectoria y marcó parte de la misma durante estos veinticinco años, en concreto ciertas características como el gusto por la interdisciplinariedad en el análisis crítico, con cierta debilidad por la filosofía y la literatura, así como cierta *hybris* en el quehacer crítico, algo que trasciende el oficio y coloca la crítica en un nivel más profundo, como pasión, casi como un rasgo de carácter.

*P.- Como indica el título de este trabajo, más allá del merecido reconocimiento, intentamos dar con las razones de un evidente olvido de la obra de Lerena. Que es lo mismo que pensar sobre los motivos para refrescar y reivindicar su memoria al servicio de un pensamiento crítico en el presente. Desde que escribiste aquellas páginas en 1994 hasta hoy han pasado dieciséis años que, lógicamente, transforman nuestras ideas, los contextos, el estado de la sociología y las ciencias sociales en general. Dando por ciertos esos cambios, ¿añadirías, matizarías o expresarías de otra forma tu percepción sobre Lerena y su aportación intelectual?*

*R.-* En cierto modo, esta pregunta me desconcierta. No era consciente, tal vez no quería serlo, de que hoy no se lee a Carlos Lerena. No deja de sorprenderme, dado

que se supone que la materia de sociología de la educación está presente en los nuevos planes de estudios del grado de Maestro, Educación Social, Pedagogía, etc., más que nunca. También porque creía que el espíritu y la letra de la obra de Carlos había pasado a los nuevos profesores por mediación de esa generación intermedia de la que formo parte, que rondamos los cincuenta años, y que salimos de la matriz de aquella Universidad Complutense donde eclosionó la disciplina en los ochenta. Para mí, entonces, la pregunta incluye una información que me entristece. En términos románticos, me están comunicando que esa tradición, como tantas tradiciones, académicas y no académicas, se muere. No puedo evitar la sensación de sentirme un poco culpable de la extinción de ese fuego que considero sagrado. En fin, tal vez tenga que hacer algo al respecto.

De momento, voy a contestar a la pregunta de forma contundente. Es un grave error ignorar el legado de Carlos Lerena, porque hoy sus presupuestos críticos son, si cabe, más valiosos y útiles que nunca para comprender la realidad y desenmascarar las nuevas formas de desigualdad social a través de la educación y la cultura.

La función social de la democratización, la vertiente liberadora de la educación, sigue encontrando obstáculos que deben ser detectados y dados a conocer, denunciados. No me parece muy racional sino más bien triste que hoy algunos de los más críticos hace veinte años alaben el sistema educativo. Si cada uno cuenta la feria según le va se desatiende la vigilancia epistemológica y la coherencia con el principio de independencia crítica. En ese sentido, no creo que se pueda decir que las cosas marchen muy bien, que digamos. No hay razones para echar las campanas al vuelo y celebrar ninguna revolución democrática de la universidad española. Tampoco parece haber mejorado mucho *la participación democrática en los centros de enseñanza no universitarios* desde que el Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE) del Ministerio de Educación publicó en 1995 mi libro sobre ese asunto, en el que se llegaba a conclusiones poco positivas. Los objetivos que se marcó en los años ochenta la Ley Orgánica del Derecho a

la Educación (LODE) siguen siendo mucho más progresistas que la realidad. Permítaseme un ejemplo anecdótico. Hace poco conversé con mi sobrino Eduardo, a la sazón estudiante de primer curso de Bachillerato. Pues bien, ni siquiera en su condición de delegado había sido informado de sus funciones ni de las relaciones con los representantes del consejo escolar así como de las funciones del mismo. Parecía que estaba contándome las conclusiones de la investigación que publicamos hace veinte años, como si hubiera leído el libro, que curiosamente le dediqué, cuando era un bebé, aunque él ni siquiera recordaba su existencia. Sólo narraba lo que ahora sucedía en su instituto: que a él, como delegado, sólo le utilizaban para ir a buscar tizas cuando se acababan –esas eternas tizas, que resisten increíblemente en medio del polvo blanco, como en una barricada simbólica, la entrada de la caballería electrónica, aún en la segunda década del siglo XXI- o que las únicas reuniones para las que le citaban tenían como único objetivo informarle sobre el viaje de estudios. Busqué mi viejo libro para leer el testimonio de un homólogo suyo anónimo de hace veinte años: «Yo soy delegado y lo único que dicen es, cuando no hay tizas: “¿para qué está el delegado?”».

En la práctica, el gobierno del centro siempre estuvo en las manos de los profesores, con una marcada tendencia a obstaculizar la participación de los otros actores debido a la ideología del profesionalismo imperante. Es posible que hoy en día se den ciertas condiciones que estén convirtiendo a los alumnos más que antes, si cabe, en convidados de piedra de los consejos, junto con los padres. Mucho se ha hablado sobre factores que favorecen esa situación. Sea como fuere, indica que el conflicto sigue existiendo y que la idea de la comunidad educativa es un mito en el modelo actual, uno que ya no tiene la excusa de llevar poco tiempo en marcha.

*P.- Algunas trabajos producidos en Fedicaria, en los que reconocemos más especialmente la influencia de Lerena, se han topado frecuentemente con un muro cuyo cemento básico se compone de censuras que ya nos son familiares: criticismo pesimista, ausencia de proposiciones comprometidas con la práctica, destrucción de la ilusión transformadora y hasta extrañas acu-*

*saciones que llegan a señalar aquellos trabajos como cómplices de tendencias reaccionarias en el universo educativo. El reproche definitivo es que este tipo de crítica a la escuela conduce al “peligro” del nihilismo. Reacciones similares ha despertado la obra de Lerena. Aunque el tema es complejo apelamos a ti (que has escrito recientemente «Nihilistas. La ilusión de vivir sin ilusiones»), por si puedes apuntar algo relativo a esa persistente incomodidad con la que se acogen las corrientes críticas del pensamiento social.*

R.- Ignoro el detalle de las críticas que ha recibido tal grupo y a las que alude la pregunta, pero puedo repetir un comentario general sobre la actual producción de conocimiento que ya he reformulado en varias ocasiones, por ejemplo en el capítulo cuarto de mi *Elogio de la basura*. Y es que, hoy en día, el acervo de conocimiento, de instrumentos heurísticos y de clichés críticos es tal que, unido al clima que he llamado negativista –partiendo de una interpretación del valor de lo negativo en Luhmann- y de evaluación en que nos toca vivir por nuestra época, lo normal es ser objeto de críticas y lo patológico, sociológicamente hablando, en el sentido de la sociología del conocimiento, es no ser criticado. Hoy vuelve a estar de moda la paranoia del salmista bíblico con los enemigos. Cualquiera tiene más enemigos que nunca a pesar de que –y sobre todo cuando- no sabe por qué. Es lógico que el riesgo aumente si uno se aventura en los territorios fronterizos como observador, como investigador.

*P.- Tal vez puedas hacer algunas consideraciones en relación a los procesos de acomodación e incorporación –o todo lo contrario- entre la obra de Lerena y el presente de los estudios de sociología de la educación y el campo científico de referencia. Tenemos la impresión de que Lerena presentía toda una tendencia general, según se expresaba, por ejemplo, en la última edición de Escuela, ideología y clases sociales en España y que titulaba “Progresando hacia atrás. De la época de la transición a la segunda mitad de los años ochenta”. Entre otras cosas ahí anunciaba «Funerales de la razón crítica, vergonzante practicismo con el statu quo, o en fin, pura y simple dimisión fatalista ante lo dado y ante su curso natural» Una pre-visión que, a nuestro juicio, se ha ido confirmando. ¿Cual es tu opinión al respecto?*

R.- Estoy de acuerdo con el pronóstico que hizo Carlos. Como todos los grandes maestros estaba dotado de cierta clarividencia. Lo grave, sin embargo, no es que estemos asistiendo veinticinco años después al entierro de la razón crítica. Lo grave es que nos hemos encerrado en casa y hemos cerrado las ventanas para no ver la procesión del muerto. Lo grave es que negamos su muerte, en el mejor de los casos como resultado de un mecanismo de defensa psicótico -negación de la realidad-, y en el peor como ejercicio de cinismo descarado.

Lo primero que hay que hacer en esta situación crítica en la que nos encontramos es analizar la agonía de la razón, para tratar de ponerle remedio. Pero pregunto: ¿le estamos *practicando* esos análisis, tan urgentes, requeridos casi *in extremis*?

Para comprender la evolución del pensamiento crítico en los últimos treinta o cuarenta años sería conveniente hacer una referencia cruzada a la historia de las ideologías políticas y la redefinición de los estados nacionales. También sería útil acompañar la reflexión con consideraciones contextuales acerca de la ruptura de normas entre la ciudadanía, del grado de desviación social, puesto que tanto la rebeldía estudiantil como la intelectual constituyen una de las fuentes principales de cambio social en la historia moderna.

Observemos por ejemplo la parte más visible del iceberg, el trozo de hielo contradictorio donde vive instalada la juventud de nuestra época. En principio, parece situarse en las antípodas de Mayo del 68, exhibiendo un conformismo generalizado manchado por algunos brotes excepcionales y muy minoritarios, algo más vivos en los años ochenta, algo menos al final de la primera década del siglo con la denuncia del Plan de Bolonia. Pero no se observan alianzas con los trabajadores de calado. Ambos, estudiantes y profesores tienen motivos para paralizar la universidad, como hacían hace décadas, pero no lo hacen.

Ahora bien, por encima de los intereses particulares de estos actores escolares, se eleva una razón central, que es la quiebra del estado social. Ahora estaríamos avanzando hacia un Estado Penalógico caracte-

rizado por el énfasis en la seguridad. Estas ideas parecen cobrar más peso con la espectacular crisis económica de los últimos años.

Por tanto, aparentemente, tenemos, como en los años setenta, una base teórica incendiaria, es decir, tenemos motivos en el terreno macrosociológico para pretender cambiar las cosas. Al mismo tiempo, tenemos motivos concretos para luchar en y desde el terreno educativo. La pregunta es: ¿se trata de razones menos poderosas que las que tenían los artífices de la contracultura hace cuarenta años?, ¿habrían iniciado aquellos profesores y aquellos estudiantes la lucha como conjunto de protestas generalizadas y paralizantes de la actividad académica con los problemas que hoy tenemos, o los habrían considerado insuficientes para ello? Responder a esas preguntas abriría un debate interesante.

La libertad es una amante exigente. Sólo concede sus favores a quien se prepara para ello, quien aprende previamente a valorarla y respetarla. La libertad no es un regalo divino ni de la naturaleza sino una construcción social que exige, paradójicamente, cierta renuncia a la misma. Lo difícil es encontrar el equilibrio entre represión y liberación, por seguir el hilo argumental metafórico entresacado de la obra de Carlos Lerena. No reprimir ni mucho ni poco, extremos en los que cae la escuela de masas y los sistemas políticos continuamente. En nuestros días, por ejemplo, cada vez castigamos, formal o informalmente, más conductas, cada vez engorda la lista de faltas, el número de cosas políticamente incorrectas, pero, al mismo tiempo, se impone un hedonismo donde huimos de cualquier rastro de dolor, sacrificio, compromiso, renuncia y entrega. Por eso la relación entre la represión y la liberación, ya sea en el sistema social en general ya sea en el sistema escolar en particular, debe ser redefinida en cada época. Su base siempre será contradictoria, pero el juego de contradicciones tomará formas diferentes que deben ser analizadas con cuidado si no queremos cometer torpezas que nos hagan caer en el eterno error de la falsa liberación.

P.- Para terminar quisieramos que añadieses lo que consideres oportuno, pues seguramente

*en este breve cuestionario no hemos conseguido atrapar aspectos que son de interés para la reflexión sobre Lerena y que a ti se te han venido a la mente.*

R.- Quisiera animar a los lectores a ojear la obra de Lerena, animando a los profesores, como docentes y como investigadores a beber en las aguas de *Reprimir y liberar* como si fuera una Biblia; seguramente así, si se me permite la ironía del parangón, reavivarán su fe en las enseñanzas del autor, crearán o volverán a creer en las virtudes de su análisis social crítico modélico.

Déjenme siquiera sugerir esas bondades.

La comparación de la obra maestra de Carlos Lerena con la Biblia tiene su miga.

Tras *Reprimir y liberar* late la fantasía del Libro Total, aunque tal vez encajen mejor en la modalidad de Libro-Suma. Representa una suma de saberes, una enciclopedia trascendida por un sentido que se le da al mundo, si seguimos de nuevo a Barthes. Pero hay que darle más peso a algunos de los rasgos señalados por el gran analista francés. El volumen de Lerena supera en esto a las obras de Bourdieu. Éste escribió más pero no logró expresar tan bien el arquetipo, no se acercó tanto a La Idea de Libro, por tanto, no pagó tanto el precio de Ícaro, no se quemó tanto con el sol, resistió más, aunque a la larga, su sistema de defensas también resultó perjudicado y cayó víctima de la leucemia. Lo que quiero decir es que la obra de Carlos puede contemplarse como un cielo en el crepúsculo. En el cielo hay buenos y malos, pero todos ellos son ángeles. Comprender esto es fundamental, porque el ángel que más brilla será después el gran traidor. De nuevo el trasunto religioso, como también recuerda Barthes, es inevitable, y por tanto, la especulación sobre la esencia. Lo que algunos no han comprendido es que el concepto de esencia es contradictorio y, por tanto, se ríe de quienes lo convierten en objeto de odio. Esta argumentación puede todavía crecer un poco más si ahora nos volvemos al objeto del conocimiento sobre el que versa la escritura de *Reprimir y liberar*. ¿Hablamos de educación o de cultura? Sin duda de una mezcla. Ahora bien, resulta que años después de la muerte de Lerena las discusiones sobre la posmodernidad se

recrudescen –no en España, donde se descalifican con la desfachatez típica de nuestra proverbial soberbia e ignorancia- hasta que se llega a la conclusión de que el subsistema cultural, en los nuevos tiempos tardomodernos, es el subsistema (gen) dominante. En este sentido Lerena fue un adelantado, lo cual lo aproxima al círculo de pensadores privilegiados dotados de clarividencia. Si todo es ya cultura entonces la sociología de la cultura es la sociología por excelencia, la verdadera sociología general. Esta es otra forma de comprobar el carácter Total de su obra. Sobre este particular, no obstante, todavía podría decirse algo más. La educación es la esencia de la cultura (espero haber justificado el uso de la palabra esencia). Por tanto es también total. De ahí que todos los problemas sociales acaban en la educación, al menos cuando llega la parte de propuestas. Tras una conferencia sobre corrupción siempre acabo hablando de educación. Pero también tras una charla sobre la juventud, la inmigración o la enfermedad. La razón es obvia, pero no por ello hay que dejar de enunciarla: todo problema social que se analiza en una perspectiva sociológica acaba desvelando partes ocultas de la realidad, es decir, desmitificando.

La única manera de acabar con los efectos perversos de los prejuicios inconscientes que asolan como trampas en constante proceso de reinención y sofisticación para burlar a la ciudadanía, es educar, en el sentido fenomenológico. Sólo sustituyendo el saber espontáneo, común, por el saber analítico, sólo distanciándonos del objeto, podremos verlo bien. De otra forma, el árbol nos impide ver el bosque. Esta paradoja básica del saber es justo el alma del educador liberador en el sentido que le daba Paulo Freire, entre otros. No cabe concebir un maestro educador que no investigue, es decir, que no someta a interrogantes cosas que se las arreglan justamente para pasar desapercibidas. Es más, si un educador no se ejercita primero como observador, analista, investigador, si no pule el arte de la curiosidad intelectual, no podrá ser nunca un buen maestro, porque no podrá nunca lograr en cada acto de docencia desvelar la tragedia del asunto de conocimiento tratado.



## Entrevista a Raimundo Cuesta

P.- Los responsables de este "Pensando sobre..." decidimos que eras la persona adecuada dentro del variado y amplio colectivo de Fedicaria para hacer memoria y enjuiciar la obra de Carlos Lerena. En esta entrevista queremos ver cómo desde las preocupaciones de alguien que, como tú, ha pensado sobre las disciplinas escolares, sobre la escuela y la didáctica (entre otros temas) se puede encontrar en la obra de Carlos Lerena un legado de teorizaciones y hallazgos susceptibles de ser rescatados y puestos al servicio de investigaciones nuevas y creativas.

R.- Os agradezco la invitación que me hacéis porque la obra de Carlos Lerena ha acompañado mi trabajo como profesor y como investigador durante muchos, muchos años. Su recuerdo comporta, pues, una cierta obligación de conocimiento y reconocimiento de una profunda huella que se encuentra, a la vez presente y ausente, en las actuales plataformas de pensamiento crítico, tales como Fedicaria.

Ahora bien, permitidme que, antes de explayarme sobre las deudas contraídas trate de clarificar algunos de los problemas que con frecuencia se plantean cuando evocamos las aportaciones de cualquier figura relevante del mundo intelectual.

La primera cuestión versa sobre el mismo concepto de autor. M. Foucault hizo algunas célebres consideraciones a propósito de este tema. En una conferencia de 1969, *¿Qué es un autor?*, abogaba por la muerte del autor, y ese simbólico homicidio del sujeto era seguido por la reclamación del escrutinio de las normas que regulan y condicionan las prácticas discursivas. El vacío así instaurado era llenado por la "función autor", es decir, por el estudio del abanico de posibilidades que implica la comparencia de los sujetos en el orden del discurso. Pero el intencionado y vano ritual estructuralista del asesinato del autor dejaba al ingenio de Foucault una puerta abierta para imaginar "fundadores de discursividad", esto es, aquellos autores que lo son no sólo de sus obras sino que generan las reglas de formación de otros textos. En una palabra, muerto el autor, es resucitado en tanto que instaurador de discursividad, en

tanto que agente creador de espacios de posibilidad para los discursos.

Pero una cosa es la crítica de la historia tradicional e idealista del pensamiento basada en la sucesión de ideas y de personalidades sin parangón, que el mismo Lerena criticaba implacablemente («pensar en serio que el proceso de conocimiento tiene unos protagonistas individuales que se llaman con este o el otro nombre forma parte de esos errores pertinaces que invalidan parte o todo lo que a continuación se diga») (Lerena, 1983a, p. 389), y otra muy distinta consiste en escindir un texto de su autor, como si uno y otro no tuvieran mucho que ver. La experiencia biográfica de Foucault es relevante, en grado sumo, para la comprensión de su obra y tanto el autor francés como Lerena son "fundadores de discursividad". Es de esperar que este trabajo de *Con-Ciencia Social*, contribuya a desvelar algunas claves biográficas y sociohistóricas de un pensador hispano que todavía sigue siendo una copiosa fuente nutricia del pensamiento crítico.

P.- A menudo se discute sobre lo que dijo o no dijo un determinado autor. Las aportaciones de una obra intensa y extensa pueden inducir a malentendidos y una cosa es lo que dijo un autor y otra muy distinta lo que pasa al acervo común de lo que se "cree" que dijo. ¿Existe un cierto tipo de leyenda sobre lo que dijo Lerena?

R. .- Me viene a la memoria un texto clarividente de P. Bourdieu, *¿Qué hace hablar a un autor?*, donde se efectúa un sabio ejercicio interpretativo de cómo leer a Foucault. Distingue Bourdieu entre quien lee a otro como siervo y quien lee para servirse de él para sus propios fines. El mismo Lerena (1983a, p. 387) se refiere a la necesidad de asumir los clásicos desterrando del lenguaje y del pensamiento los conceptos de fidelidad o de traición.

Y agrega Bourdieu, con toda razón, que los contemporáneos se leen mucho menos de lo que pudiera creerse. La mayoría de lo que unos dicen o suponen del pensamiento de otros procede de una suerte de *rumor intelectual* (lo que los medios de legítima difusión del saber dicen que dicen los autores consagrados) fruto de informaciones *ex auditu* y no consecuencia de lecturas reflexivas. La suposición de que los textos

realmente son leídos constituye una falsa hipótesis, porque, en realidad, lo que se tiene leído son los títulos. ¿Quién no sabe algo de *Vigilar y castigar*, rubro emblemático y paradigma de la moda, a la que el propio Lerena sucumbió, de usar el infinitivo para bautizar libros de las especies más variadas? Eso por no detenernos en las metamorfosis de los textos como dicen las teorías de la recepción.

Desde luego, la cita de una obra no se erige en garantía de que haya sido leída. Más aún en un tiempo en el que, frente a la lectura intensiva de épocas pasadas, predomina esa indecorosa pulsión por la apropiación extensiva y devoradora de “todo” lo escrito en el terreno en el que uno ha sido inscrito como especialista, experto, etc. Decía Schopenhauer que los libros no son como los huevos, que son mejores cuanto más frescos, y también aludía, en sus *Paralipomena*, a quienes se han vuelto tontos a fuerza de tanto leer y tan poco pensar. Pues bien, el volumen, la densidad y la consistencia de la obra de Lerena han facilitado un conocimiento de oídas, de lecturas apresuradas. De ahí proceden no pocos malentendidos. El más célebre y extendido es el referido a la leyenda creada en torno a *Reprimir y liberar*, su obra culminante.

*Reprimir y liberar*, la obra más ambiciosa y creativa de Lerena, se benefició muy poco de su atractivo título, fuente de vanas interpretaciones de banales lectores. Al parecer alguno ni siquiera fue capaz de llegar la subtítulo (*Crítica sociológica de la educación y de la cultura contemporáneas*), y fueron legión los que atribuyeron a nuestro autor sus propias ideas, a saber, que la escuela “libera” y “reprime”, o sea, que tiene cosas buenas y malas (como la primavera que con los límpidos y suaves atardeceres también trae horribles episodios alérgicos). Esta fue la recepción a cargo de las capas cultas “progresistas”, una reacción de asimilación y trituración para hacerla compatible con sus propios prejuicios sobre la cultura escolar. Dentro de ese mundo, sin embargo, como ocurriera tam-

bién con las teorías de la reproducción en boga en los años setenta, envolvente de la propia obra de nuestro autor, se produjeron reacciones airadas a cargo especialmente de lo que Bourdieu llama los *miraculés*, especie de advenedizos de la cultura que han conseguido el ascenso social gracias al éxito escolar<sup>1</sup> y que segregan una suerte de reacción casi física contra los críticos de la institución escolar. Tampoco los marxistas ortodoxos recibieron con entusiasmo las combinaciones teóricas lerenianas, donde Marx comparaba como el origen de la crítica y Nietzsche como la crítica de la crítica, donde la *re* de revolución del primero se conjugaba y culminaba con la *trans* de transvaloración del segundo (Lerena, 1983a, p. 324).

Para muchos hoy *reprimir y liberar* constituye un eslogan como *vigilar y castigar*, hue-ro de contenido. Pero más allá de la leyenda sobre el significado de su obra, *reprimir y liberar* es la imagen lereniana de una institución real, es el haz y el envés de la escuela, el tic-tac de un dúo inseparable de la *esquizoescuela* en la era del capitalismo: la represión es la ley de la gran burguesía y la liberación es un truco ideológico de la pequeña burguesía. O sea, la ley y la trampa. El par de conceptos no es una disyuntiva (o una cosa u otra) porque son la misma cosa.

P.- *Todo autor y toda obra están sometidos al paso del tiempo y al olvido. En el caso de Lerena nos parece que hay olvidos demasiado clamorosos y significativos. Nos gustaría que nos explicaras por qué o hasta qué punto su trabajo ha sido sometido a un olvido más o menos consciente.*

R.- La historia del pensamiento proporciona abundantes evidencias de cómo no solamente se lee mal y torcidamente a un autor (aunque cada época demanda unos nuevos lectores o antiguos lectores que miran con otros ojos), sino también de cómo se olvida su presencia. La memoria y el olvido (recordar es olvidar) son como el pulso de la vida social. A menudo se considera al olvido como una accidente natural (el tiempo que todo lo borra) que se produce y aloja en la

<sup>1</sup> Curiosamente a esa especie pertenecía, por origen social, el propio C. Lerena, que, hijo de maestros, o sea, un típico *miraculé*, supo distanciarse de esos condicionantes y siempre tuvo claro que los milagros y dones de salvación escolar eran cosa de la ideología dominante.

conciencia individual. Pero todo recuerdo comporta una dimensión social y colectiva: nada se puede recordar al margen de la experiencia social de quien rememora. Lo cual es especialmente cierto en la historia de las ideas, donde la memoria se muestra muy selectiva.

Las leyes del campo intelectual (lo que denominaba Bourdieu *campo escolástico*) explicarían lo que se recuerda y lo que se olvida de Lerena. La circunstancia en la que se inscribe su obra, también. Las coordenadas dentro de las que se mueve su discurso fueron las propias de la intelectualidad española que, formada entre los finales de los cincuenta y los sesenta, eclosiona durante el tardofranquismo y la transición a la democracia. Su perfil intelectual se integra en las redes de pensamiento alternativo al reinante en la universidad franquista y que conquista la hegemonía institucional en los años ochenta, acabando así con el régimen académico de la dictadura. Sin embargo, en muchos aspectos el vetusto régimen de poder-saber pervivirá enmascarado bajo el ropaje de la nueva tecnocracia. Lo cierto es que, como si se cumpliera una inexorable ley física, exceptuando algunos pocos luchadores contra la norma, entre los que siempre se encontró Lerena, el éxito académico resultó inversamente proporcional al filo crítico de las plumas de los que fueron antaño jóvenes airados.

La temprana muerte de Carlos Lerena contribuyó a mantener, entre quienes siempre fuimos ansiosos bebedores de su obra, una memoria un tanto mítica de una figura irreplicable. Tan irreplicable que su quehacer intelectual carece de escuela que haya proseguido y consumado su proyecto intelectual. Por lo demás, dentro de la corporación académica se ha segregado una forma muy peculiar de olvido: neutralizar la capacidad de su obra convirtiendo a su autor en un precursor. Imaginemos dos personajes en un diálogo:

Alumno: ¿Y Lerena?

Sociólogo-profesor: *Claro, claro, Lerena, también; pero se escribió mucho desde entonces hasta ahora. La sociología de la educación en España llegó a su mayoría de edad. Él fue uno de sus fundadores, pero sus ideas, como todo en esta vida, han sucumbido al paso del tiempo. Hoy*

*defendemos una visión más pluralista y menos dogmática del mundo.*

Si he de hablaros del personal recuerdo de su obra, tendré que decir que mi lectura primera se hizo en 1977. El año anterior acababa de publicarse su *Escuela, ideología y clases sociales en España*. Era mi segundo año como profesor de instituto en Salamanca y, en el momento álgido de las huelgas de los PNN de Bachillerato, me encontraba entre los dirigentes de aquel movimiento y dentro de los que apostamos por vincular las reivindicaciones de los profesores al sindicalismo de clase. Aun recuerdo que en mis frecuentes viajes en Auto Res a Madrid con motivo de la fundación y primeros pasos de la Federación de Enseñanza de CCOO, Lerena fue ocasión de lectura y relectura, de notas acá y apuntes allá. Por entonces su presencia era notable en las escuelas de verano, y otros foros de la vanguardia docente que durante la transición luchó por una ruptura democrática y un cambio del modelo social. Su lectura me inmunizó, aunque no del todo, contra el idealismo pedagógico y contribuyó a que viera con cierta distancia crítica los movimientos de renovación pedagógica, incluido el grupo Cronos del que fui cofundador. Este mundo sociopolítico del que estoy hablando hoy ha desaparecido. Quizás ver hoy a un sindicalista con *Reprimir y liberar* bajo el brazo sería tan sorprendente como enterarnos de que esa obra es ocasión de seminarios y *másters* de nuestra universidad actual.

Lo cierto es que mi lectura de Lerena ha sido recurrente y siempre, aunque no por los mismos motivos, estimulante. Mi última consulta para esta entrevista ha resultado ejemplificadora de ese regreso persistente e intermitente: *Reprimir y liberar*, el texto que más huella ha dejado en mí, tiene las huellas de mi mirada lectora: en diversas tintas figuran los subrayados de diferentes épocas, superponiéndose, confundiéndose. Es como si representaran los estratos de mi interés, que en cada lectura es el mismo y distinto. Algún día habría que hacer la historia de nuestras propias lecturas. Partimos del mito de la continuidad del sujeto y de la obra, pero en cada lectura el lector nunca es el mismo ni los textos son algo inerte a disposición de quien lee.

Hoy desgraciadamente la obra de Lerena ha quedado muy ceñida a “espacios protegidos” (de la marea conservadora y académica) como Fedicaria. Tengo para mí que su trabajo resulta muy expresivo de la encrucijada teórica a la que llegó la izquierda entre los años setenta y ochenta. Para mí, no obstante, la lectura de Lerena ganó en intensidad e interés en la medida que yo me iba distanciando de mi inicial compromiso sindical y volcaba más mis energías al campo de la investigación histórica y social. En verdad, nuestro sociólogo vale más para una crítica profunda del mundo de la cultura de la era del capitalismo que para redactar una plataforma reivindicativa en un conflicto ocasional.

*P.- En las investigaciones derivadas del proyecto Nebraska de Fedicaria, que tú coordinas, la influencia de Lerena es bien visible. En tus trabajos sobre la historia de las disciplinas escolares, también. Y, desde luego, tu libro Felices y escolarizados es lo más lereniano de tu producción intelectual. Aunque, según parece, últimamente también estás sacando partido de la dimensión lingüística de sus trabajos cuando tratas de unir la genealogía crítica con la historia de los conceptos.*

R.- Sí. Lo más lereniano de mi trabajo son aquellos estudios que tiene que ver con la genealogía de la escuela de la era del capitalismo. Lo menos lereniano, como no podía ser de otra manera, son mi especulaciones sobre la didáctica crítica. Sobre esto último él bien poco tenía que decir; no quería decir nada. Yo, en cambio, siempre quise decir algo, dado que mi condición de profesor de bachillerato conlleva decir y hacer respecto a la enseñanza. Para eso, no obstante, tuve que inspirarme en otras fuentes.

Me resultó fácil unir la perspectiva genealógica de Foucault (que lee de una manera determinada a Nietzsche) y la concepción de la historia de Lerena, por más que éste a veces peque, como el mismo Foucault, de ahistórico. Sin embargo, en el fondo, nuestro enfoque de *historia del presente* se compagina

de manera muy estrecha con su aproximación metodológica, como puede verse en este texto:

«Que la *historia* no es eso que *pasa* sino eso que *pesa* –sobre nuestras instituciones, sobre nuestros comportamientos, sobre nuestras conciencias– constituye, como ya se habrá entendido, uno de los presupuestos sobre los que aquí se está trabajando. Sociológicamente hablando, *histórico* no es el calificativo que aplicamos al pasado sino al presente; es el *presente histórico* lo que realmente está puesto en cuestión. O para decirlo con otras palabras, la historia no es algo que hayamos dejado atrás y quede lejos –ese inconsciente social coagulado, por ejemplo, en el sistema escolar–. No queda a la espalda, queda aquí y queda delante porque forma parte de las fuerzas que nos empujan y que nos arrastran: *los vivos gobernados por los muertos*» (Lerena, 1983, p. 385).

En la década de los noventa retomé mis primeros estudios sobre la historia de la enseñanza de la historia y *terminé* una investigación de doctorado en 1997 que explicaba la sociogénesis del código disciplinar de la historia escolar en España. Para tal fin releí intensamente, después de casi veinte años, *Escuela, ideología y clases sociales*, que me ayudó a pensar la sistematización del trabajo de doctorado<sup>2</sup>. A partir de esa lectura y de mis hipótesis elaboré el concepto de *modo de educación*, que debe mucho a la obra de Lerena, pero que, como a veces se dice por noticias *ex auditu*, no es un concepto lereniano.

En efecto, el concepto de *modos de educación* supone una reelaboración de la tipología propuesta por Lerena (1976) y se ha beneficiado también de otras aportaciones y lecturas. Lerena utilizó el concepto de sistema de enseñanza para referirse al conjunto de prácticas educativas escolares que tienen por fin principal, no la transmisión cultural, sino el mantenimiento del orden social mediante la legitimación de las diferencias sociales. Su tipología concebía tres grandes etapas en el sistema de enseñanza español:

<sup>2</sup> En la página web del Proyecto Nebraska, [www.nebraskaria.es](http://www.nebraskaria.es), pueden consultarse y “bajarse” la tesis y los libros resultantes de la misma. Así mismo, distintas obras e investigaciones que han hecho uso creativo del concepto de modos de educación entre los miembros de dicho proyecto.

*escolástica* (s. XIII-XVIII), *liberal* (1857-1970) y *tecnocrática* (1970-hoy). En esta clasificación se dejaba ver la sombra de los tres arquetipos y fases de educación que Weber dejara escritos en *Economía y sociedad*, a saber, *carismática*, *humanística* y *especializada*. Taxonomía weberiana que implicaba no sólo tipos de educación, sino también modos de ejercicio del poder y de legitimación del mismo. Así pues, Lerena utiliza en parte sus fases de la educación como tipos-ideales weberianos, que representarían las maneras como las funciones del sistema de enseñanza (imposición, inculcación, selección, legitimación, reproducción) son actualizadas y concretadas en cada periodo histórico.

La conceptualización lereniana está llena de aciertos, pero también aquejada de insuficiencias. Por nuestra parte, poco nos aportaba esa fase *escolástica* que la veíamos excesivamente vasta y escasamente relacionable con otros elementos de la totalidad social. Por ello pusimos más atención en los dos sistemas de enseñanza que nuestro autor calificaba de "liberal" y "tecnocrático" o tecnicista, en la medida que eran más susceptibles de ser relacionados con el desarrollo del capitalismo. Y, en efecto, con más de un matiz nos apropiamos de esas dos etapas o grandes periodos corrigiendo, no obstante, algunos aspectos claves como el de quitar de la denominación lo de "liberal" y sustituirlo por "tradicional", porque esa primera calificación se nos antojaba incompatible con el Estado franquista, o como el de sustituir "sistemas de enseñanza" por el termino más adecuado de "modos de educación". Y ello en razón de que entendíamos que esa formulación nos permitía comprender mejor la educación como un sistema de producción de seres humanos, que estaba vinculada a otros modos de producción de la vida material.

Hay en mí, desde luego, como fruto de la frecuentación de la lectura de Lerena, una influencia difusa difícil de valorar. Quizás no en su estilo literario muy especial, a veces abrupto, a veces poco cuidado, amigo

del retruécano, pero siempre sumamente expresivo y nada académico. El gusto por la frase corta y cortante; el uso (y a veces abuso) del impropio contra lo que dio en llamar la esquizoesuela y sus adoradores. En él habitaba el placer por el neologismo y el afán por desnudar el significado de las viejas palabras del castellano medieval. Y detrás de todo, esas kilométricas notas de *Reprimir y liberar* que denotan un autor poco preocupado por las ventas y muy ocupado en desplegar una impagable erudición, virtud ésta que nos enseña es totalmente compatible con el espíritu crítico.

En mis últimos trabajos se me ha hecho muy presente el Lerena interesado por los campos léxicos. Siempre me llamó la atención su escrupuloso escrutinio de las viejas palabras con las que se envuelven los conceptos que orbitan en torno al mundo de la educación. Son célebres sus excursiones al mundo lingüístico del mester de clerecía en las que descubrimos que, tras el insufrible Berceo que nos enseñaron en el sistema escolar, existía "otro" por el cual interesarnos. También advertimos que es difícil lograr un pensamiento contrahegemónico si utilizamos el lenguaje contaminado, cuando, *verbi gratia*, hablábamos de "comunidad escolar", término del que abominaba en tanto que nefasto "neologismo vaticanista".

Este Lerena atento a las relaciones entre las estructuras lingüísticas y las sociales me ha ayudado a elaborar mi actual proyecto de trabajo que versa sobre *Genealogía y memoria. Educación e historia*<sup>3</sup> y en el que estoy tratando de combinar la genealogía al modo de Nietzsche y Foucault con la historia de los conceptos a la manera de la Escuela alemana de Bielefeld y, en menor medida, del giro contextual protagonizado por Quentin Skinner. En esta arriesgada tarea de emparentar tradiciones críticas con otras que no lo son, tengo la buena compañía de Lerena, cuyo artículo *Educación* recoge y sistematiza esa mirada crítico-lingüística acerca del campo léxico relacionado con la educación y la cultura (Lerena, 1985b). Una vez más aquí las

<sup>3</sup> Un adelanto muy somero del mismo se puede ver en el artículo que firmo en este mismo número de *Conciencia Social*.

cosas y los nombres con las que son designadas comparcen como una lucha semántica en virtud de la cual las relaciones sociales de dominación imponen determinados significados. Para mí, Lerena ha sentado cátedra como investigador en educación que usa la sociolingüística histórica en sentido crítico. El lenguaje es, sin duda, un humano instrumento de dominación y un síntoma de las asimetrías sociales. Su estudio sociohistórico desvela una realidad a menudo "naturalizada", cosificada y como petrificada en significantes que ocultan las razones, a menudo turbias, de su significado. Por eso, y no por devoción mariana, Lerena iba tras los pasos de Berceo. Por eso los demás, sin devoción alguna, también todavía seguimos con total libertad los pasos de Lerena.

### Recuerdo de Jesús Manuel Sánchez Martín (\*)

(\*) El siguiente texto es reproducción de **SÁNCHEZ MARTÍN, J. M. (1988)**. La pasión por el conocimiento o la compulsión de la razón, *Cuadernos de Pedagogía*, nº 164, pp. 57-58.

Es ciertamente muy amargo prevalerse de la muerte para proclamar la vitalidad de una vida ya ida. Y es, sin embargo, a lo que forzosamente nos obliga el culto necrófilo al que hoy prestamos nuestra pluma, más que con gusto con un indefinible sentimiento de dolor. Valga, no obstante, lo que en adelante siga como homenaje íntimo –un ejercicio resignado de impotencia para la memoria- y como recordatorio y pública reseña de una existencia que se quiso voluntariamente discreta y reservada hasta los extremos ingratos del olvido.

Quienes conocieran a Carlos Lerena en persona confirmarán con facilidad que la humanidad que se percibía en su compañía –ora distante y esquiva, ora afectuosa y cordial- era, por encima de cualquier otra cosa, verdadera. Ni afectaba envaramiento académico cuando se trataba de enseñar y sólo de enseñar, ya que pontificar era completamente ajeno a su práctica docente, ni cuando de ejercer el denostado oficio de intelectual seco y frío se trataba debía esperar-

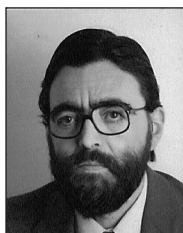
se de él la pose vedetística y complacida del ideoso hombre a la última moda moral. No iban con él esos modos. Si se quiere, podría concederse que era un hombre antiguo: educado, respetuoso e íntegro; incluso podrían señalarle o colgarle el sambenito con que marcan al profesor de la vieja escuela, distinción que él lucía con orgullo contenido en medio de la omnívoda constelación estrellada de los artistas del verbo desenvainado y vanidoso que actualmente profesa. Nada de todo esto alteraba sus buenas maneras y la exquisita corrección que de su trato siempre cabía esperar. Mas no por ello ignoraba cuál era su punto de saturación y el colmo de su paciencia: aquél de la contemplación de la engréida autosatisfacción y del mezquino orgullo, prendas de máximo adorno para cierta intelectualidad servil y veleidosa, esa misma que él fustigaba –aun con los ojos tapados- sin descanso.

Se le hacía muy difícil el asentimiento cómplice y connivente para con el estado general de las cosas, y, por lo mismo, dudaba preceptivamente de cuantas ideas comunes habían cobrado apariencia de verdades absolutas, por evidentes que fueran. Se esforzó durante mucho tiempo por hacer ver que las palabras, y en mayor medida las de uso corriente, no estaban libres de las determinaciones ideológicas que se solidifican en el cuerpo de las instituciones; y quiso, como Austin, demostrar que las palabras también tienen poder creador sobre las cosas, un poder simbólico que es, a fin de cuentas, el hoy dominante. Pero antes, mucho antes, estudió los mecanismos materiales y las funciones por las cuales la Escuela se había entronizado como maquinaria productora del saber y de la verdad; una máquina que debía de naturalizar sus procesos para imponer con mayor implacabilidad la lógica de su funcionamiento, es decir, su lógica social (su sociológica). En fin, fue ese camino el que le llevó a descubrir la trayectoria que describe el movimiento interno de la Escuela, de efectos unas veces simultáneos y otras secuenciales y diferidos: lo que él llamó el tic-tac de la represión y la liberación, acaso la clave que cierra el arco más acabado de su análisis general sobre la institución escolar.

Por lo demás, unos le tenían por determinista, otros por fatalista o pesimista –como gustéis–, y esto, claro, le llenaba de extrañeza. Creía que la sociología debía desencantar la visión que del mundo se habían hecho los hombres, pero sólo porque ésa era una visión encantada que consentía darse una explicación mágica o mitopoética antes que conceder a la razón no absolutizada el papel de interpretadora y constructora de la realidad. Y si había un mundo que necesitara ser mantenido en la ignorancia de su funcionamiento para así cumplir más eficazmente sus funciones sociales, sin obstáculos ni actitudes de resistencia, la educación reunía el más completo conjunto de elementos para ponerse a trabajar con las finas herramientas de la sociología que a él particularmente le interesaba.

La educación y la cultura, ámbitos de una realidad que el conocimiento sociológico estaba llamado a explorar (o a explotar, como dirían algunos con irracional regocijo), constituían el centro de atención de sus tareas de investigación teórica y empírica. Así, quiso Carlos Lerena realizar una incursión en el terreno de la sociología de la música, con las armas y pertrechos ya utilizados en sociología de la educación. El intento, empero, quedó en un proyecto de libro y en las tentativas de un curso monográfico de doctorado, además de en innumerables conversaciones donde la razón permanentemente se sentía espoleada por una pasión pura, la del conocimiento por el conocimiento (estadio primero pero no fin último de cualquier forma de conocimiento).

Sus preocupaciones profesionales se circunscribían a ese ámbito, pero su curiosidad intelectual lo desbordaba por todos lados. En los intensos años de sus estudios económicos en Bilbao, vivió una fecunda etapa de formación literaria, llegando a ser director de *Sarrico*, revista editada por la Facultad de ciencias políticas, económicas y comerciales, que bajo su dirección y empeño personal publicó un número extraordinario dedicado a Unamuno, hoy reconocido como lo más digno y comprometido que desde el País



Carlos Lerena, 1988.  
Posiblemente su  
última fotografía.

Vasco se ofreció en el centenario de su nacimiento al autor de *Del sentimiento trágico de la vida*. Allí mismo dirigió un grupo de teatro del TEU y, tras su paso por la *École Pratique des Hautes Études*, en París, donde muchos de los que hoy ocupan puestos en las diferentes instancias del poder político fueron compañeros y amigos suyos, regresó a España para trabajar en campos todavía muy alejados de su más

sincera vocación: la docencia universitaria y la investigación en sociología.

La forma de trabajo que más le satisfacía, la que había elegido a sabiendas del poco beneficio que le proporcionaría para la exhibición en la galería, exigía de él una dedicación absorbente, que unida al celo con que ejecutaba su labor no siempre le resultó lucida; quiero decir que su pensamiento requería, del lector o de quien le oyera, un esfuerzo al que no acostumbra la distendida charla de café en que se ha convertido la parla de nuestros intelectuales más renombrados. No es que navegara contracorriente, pero, eso sí, le importunaba sobremedida la ligereza y el desembarazo con que se ventilan cuestiones tales como las de la calidad de la enseñanza, la decadencia de los intelectuales, el descrédito de la Universidad, el convulsivo reformismo de la enseñanza o la disolución de las clases (falso problema este último, como él diría, con el que se oculta en nuestros días la incapacidad para plantear las nuevas diferencias de clase o las nuevas formas que adopta la lucha por la imposición de las posiciones dominantes de clase), por poner tan sólo unos ejemplos sueltos.

En la memoria de quienes le conocimos y tratamos nos quedará de él un recuerdo imborrable, a la medida de cada relación quizá, pero con una sola imagen: la que deja un intelectual comprometido con sus ideas y con su pensamiento; en la memoria de las cosas permanecerá, con honores propios, la huella de su obra, suficientemente profunda como para durar al paso de un tiempo que arrastra cada vez más sedimentos y más turbulentos vientos; y en la Universidad, al menos quedará el eco de una voz apagada

por la miseria del medio, pero radicalmente encendida contra la pereza y el bostezo en que se acomoda la dimisión y la desidia.

Esperanzado como siempre fue, hasta el último hálito del desfallecimiento, hace años que confesó un deseo hondo: confiaba en no morir antes de publicar un libro sobre Gonzalo de Berceo; y precisamente la

figura de Berceo, su paisano, le ocupaba en esos días en que la muerte quiso arruinar toda esperanza y disolver la mínima sombra de ilusión con su cegadora luz. Ahora solamente nos queda la palabra, la suya y la nuestra –debilitada– para soportar esa otra pavorosa claridad: sabernos vivos y sobrevivirle. *Aeternum vale*, Carlos,